



DENNIS ALICEA

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

REFLEXIONES SOBRE LA CLARIDAD

Resumen: El término *claridad* puede ser muy elusivo cuando se examina la conexión tupida entre pensamiento, lenguaje y referente. Descartes, Wittgenstein y Peirce fueron tres figuras monumentales que contribuyeron a entender el concepto de *claridad*, vinculado a la verdad racional, a la expresión lingüística y a los contenidos lógico-semánticos. Razonabilidad, coherencia de los interlocutores, contextos del lenguaje ordinario y «juegos de lenguajes» son algunas de las ideas que será preciso aclarar para la *claridad*.

Palabras clave: filosofía del lenguaje, lingüística, análisis filosófico, semántica filosófica, lógica

Abstract: The term *clarity* can be very elusive when examining the close connection between thought, language and referent. Descartes, Wittgenstein and Peirce were three monumental figures who contributed to the understanding of the concept of *clarity*, linked to rational truth, linguistic expression and logical-semantic contents. Reasonableness, coherence of the interlocutors, contexts of ordinary language and «language games» are some of the ideas that will need to be clarified for the concept of *clarity*.

Keywords: philosophy of language, linguistics, philosophical analysis, philosophical semantics, logic

Fecha de recepción: 24 de octubre de 2022

Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2022

Todo lo que puede ser pensado
puede ser pensado claramente.
Todo lo que puede ser dicho puede
ser dicho claramente.
Wittgenstein, *Tractatus* 4.116.

Aquella quinta meditación cartesiana, en la que Descartes identificó la claridad y la distinción como criterios de verdad, era clara y distinta. Su razonamiento deductivo, impecable, sembraba los cimientos de la filosofía moderna desde el «yo pienso» indudable. El acercamiento cartesiano era sobremanera intuitivo, sin dejar de ser brillante. La claridad era concebida como una propiedad de las ideas «presentes y manifiestas en mi espíritu», tal como si me acordara de algo que conozco, y tan evidentes para mí que no dudaría de su verdad, decía. Si en esa idea, tal vez compleja, podía separar sus componentes, analíticamente, sin confundirlos con otros ni entremezclando sus contenidos, decía entonces que era distinta o definida. La falsedad habitaba en lo oscuro y confuso; la verdad o certeza en lo claro y distinto¹.

¹ Como se sabe, la existencia de Dios era la garantía de la validez de los criterios, según Descartes. Pero no es mi propósito ni interés analizar en esta reflexión esa razón trascendente, sino las razones inmanentes (Descartes, «Quinta meditación», en *Meditaciones metafísicas*).

Había en esta propuesta cartesiana una confianza plena en la facultad de introspección, esa mirada interior de nuestra conciencia íntima sobre lo que pensamos y sentimos, de manera que él no creyó necesario distinguir entre una idea que pareciera clara y distinta de una que, realmente, lo fuera (cit. en Peirce 115). Tampoco distinguía Descartes la claridad como propiedad de la expresión lingüística, dentro de un sistema de símbolos con dinámicas internas de formación oracional, y la claridad de una idea con una lógica intensional que significa y denota algo. Habrá que esperar al «giro lingüístico»² para esa sutileza. La conexión tupida entre pensamiento, lenguaje y referente, discernible en el análisis del significado de una palabra o una idea, aguardará oscura y confusa cerca de trescientos años. Pero el genio de Descartes anunciaba ya, desde mediados del siglo XVII, un vínculo entre verdad racional y la combinación de dos términos del lenguaje ordinario, entendidos intuitivamente en su uso familiar figurativo, que todavía hoy ilumina esta discusión. La idea *clara* está presente y accesible a la mente abierta; la idea *distinta* es clara y separable de las otras, y la «percibo» de ese modo transparente e inequívoco. Nada tiene detrás que sea imperceptible, nada esconde y todo es explícito. En el fondo opera la referencia a la experiencia compartida mediante el lenguaje como capacidad cognitiva humana, y un reduccionismo a lo conocido, a lo perceptible de fácil comprensión por medio de los sentidos y la razón. Y aunque no deja de ser un sentimiento subjetivo de claridad (por ende, falible), no impide niveles razonables de intersubjetividad, comparables

² Así se conoció el movimiento filosófico iniciado por Gottlob Frege, el positivismo lógico y la tradición analítica (Wittgenstein, Bertrand Russell y G.E. Moore) que tuvo su influencia en toda la filosofía del siglo XX. También la filosofía continental tuvo su giro lingüístico con figuras como Martin Heidegger, Michel Foucault y Jacques Derrida.

a lo que, con muchos tropiezos, alcanza la ciencia moderna eventualmente³. Debemos suponer esa razonabilidad y la coherencia de los interlocutores en un lenguaje público para dirimir la claridad.

Tal como describía Wittgenstein a la idea de *certeza*, la *claridad* parece ser un término elusivo, semejante a «un tono de voz en que uno declara cómo las cosas son, pero no infiere de ese tono de voz que está justificado» (cit. en *On Certainty* 30). Claridad y justificación funcionan dentro de un tejido lingüístico que sirve de esquema conceptual o telón de fondo, en que lo declarado es inteligible y aceptable para la comunidad de interlocutores. La idea de verdad es necesaria para enlazar conceptualmente a la *claridad* con la *justificación*. No son claras las ideas o conceptos falsos; solo tienen la apariencia de la claridad. Esa falsa apariencia la descubrimos en el lenguaje tan pronto procuramos justificar o dar razones de la verdad de lo declarado. Como no existen las justificaciones trascendentales inapelables sobre la «esencia» de lo claro, su justificación deberá detenerse en algún sitio que será convencional para los usuarios de ese lenguaje. En el contexto del lenguaje ordinario en que existimos y nos comunicamos, procuramos ser comprensibles para los otros, reconduciendo nuestras palabras del «juego de lenguaje» técnico al lenguaje ordinario compartido⁴. La definición lexicográfica ayuda a reconducir esos términos y recolocarlos

³ La ciencia moderna aspiró a la objetividad sin sujeto, es decir, a la certeza absoluta; también a la racionalidad, marginalizando la razonabilidad. Se convirtió en el dios secularizado. Ese modo empírico de conocer, metódico, evidenciable y sistemático, tan valioso para el progreso humano, tiene sus límites cuando se quiere ir más allá de la experiencia controlable. Aspirar, por tanto, a la intersubjetividad razonable entre los usuarios del lenguaje científico parece ser la única objetividad alcanzable.

⁴ «What we do is to bring words back from their metaphysical to their everyday use» (Wittgenstein, *Philosophical Investigations* 116).

con sentido en el lenguaje cotidiano, alcanzando niveles de claridad razonables, pero solo si se conoce la lógica en la que la palabra redefinida se coloca. Sabemos que las palabras adquieren su significado no solo por su definición léxica, sino por el contexto oracional y el «juego de lenguaje» en que funcionan, por lo que parece necesario indagar más allá de la definición léxica de *claridad*. Ilustremos con un ejemplo del propio Wittgenstein: «La filosofía es una lucha contra el embrujo del entendimiento por medio del lenguaje» (*Philosophical Investigations* 109). De su faz, el enunciado declara, en un lenguaje ordinario con el término «embujo» metaforizado, que la filosofía es una batalla contra un entendimiento fascinado o, tal vez, ofuscado por las palabras que son intermediarias. La noción de entendimiento, de múltiples acepciones técnicas en la historia de la filosofía, está utilizada en un sentido normalizado de capacidad de entender algo; y, asimismo, la palabra *lenguaje* es entendida en su uso convencional de medio de comunicación. Pero el enunciado no se comprendería, si no lo referimos al contexto de locución y a la lógica discursiva en que se emite. Ese contexto indica que Wittgenstein ve a la filosofía como un pensamiento que sufre de «ilusiones gramaticales», por lo que es preciso investigar el funcionamiento del lenguaje para despejar esas ilusiones. Los problemas filosóficos para él no son empíricos, como en la ciencia, sino lingüísticos y lógico-semánticos; de ahí que la traducción del lenguaje técnico al lenguaje ordinario sea el comienzo imprescindible del análisis filosófico. El embrujo del entendimiento es la fascinación, pero también los espejismos, las confusiones y las falsedades que las palabras provocan en el pensamiento y la semántica filosófica.

La filosofía del lenguaje ordinario, representada magníficamente por Wittgenstein y J. L. Austin, pretende desembrujar el entendimiento para lograr la claridad filosófica a

través del lenguaje natural ordinario, cuya base es la oralidad. Por eso la certeza y la claridad son como «un tono de voz», en el que uno cree expresar enunciados claros y certeros, pero nunca podrá inferir que está plenamente justificado. Precisar los sentidos particulares de palabras polisémicas y ambiguas, identificar la intencionalidad del comunicador —tono serio, burlón, retórico, persuasivo—, reconocer los usos figurados o literales del lenguaje, o vincular el entorno cultural a las expresiones para precisar sentidos, son indeterminaciones usuales en los lenguajes naturales que, en efecto, desciframos consistente y razonablemente en nuestra comunicación oral y escrita. La oralidad se beneficia con frecuencia de la corporalidad sensible y el contexto vivencial en que ocurre. Acercamos muchas veces nuestro lenguaje gráfico al oral precisamente para producir su cadencia, espontaneidad, fluidez e inteligibilidad. Lo que se pierde en precisión, se gana en transparencia de la comunicación. Las imprecisiones y ambigüedades inadvertidas que el lenguaje oral exhibe se corrigen con expresiones ampliativas, gestos, movimientos corporales y precisiones dentro de ese mismo «juego de lenguaje». Nuestro uso del lenguaje es un continuo creativo e imaginativo, una exploración con ajustes zigzagueantes, para comunicar nuestras representaciones, ideas o la estética de las palabras de manera clara y distinta.

Lograr la lucidez en las expresiones lingüísticas y en los contenidos lógico-semánticos parece ser, hasta el momento de esta reflexión, un esfuerzo de simplificación: reducción a lo sensible presente y distinguible, y al lenguaje ordinario en que compartimos. Charles Peirce, en su famoso ensayo «How to Make Our Ideas Clear», distinguió tres grados de claridad o niveles de entendimiento alcanzables de un concepto, palabra o idea. El primer nivel es la captación directa, irreflexiva, que tenemos del concepto o idea en la experien-

cia diaria. Entre el signo (significante) y el objeto (significado), está el intérprete que traduce y conecta uno con el otro, lo que suele hacer por hábito, convención o percepción directa y vívida de la conexión. El humo es signo del objeto fuego, a los que enlazo visualmente⁵; igual que la palabra «vinagre» la reconozco como signo de una captación directa de un líquido con olor fuerte y sabor específico. Si al vinagre lo identifico como un ácido acético y líquido incoloro con una composición química definida, entonces estaría en el segundo grado de claridad. El tercer nivel de «aprehensión de claridad» es el pragmático, que lo identifica con los efectos sensibles y experiencias prácticas posibles (cit. en Peirce 124). La idea clara de peso es que cae, dice Peirce, en ausencia de una fuerza opuesta; la de dureza del diamante es que impide ser rayado, y la del concepto abstracto «la realidad» es que produce creencias y hábitos de acción.

Si pensamos en la idea misma de claridad, sus efectos pragmáticos parecen ser detectables en el lenguaje que, sensiblemente, escuchamos o leemos. Decimos que las palabras son claras para un interlocutor posible si poseen efectos prácticos sensibles en el uso del lenguaje, como colocar términos coherentemente en una secuencia oracional, o intercambiar voces con significación idéntica, o utilizar el término, morfológica y gramaticalmente, de manera correcta en el lenguaje. También reconocemos sensiblemente la idea de claridad de un término, cuando lo usamos con los contenidos lógico-semánticos apropiados: por ejemplo, podemos designar en circunstancias variadas los objetos que los signos denotan, o identificar otros signos alternos para el mismo objeto, o reconocer la cosa representada por una noción, o enlazar su contenido a otros contenidos experienciales de modo lógico

⁵ Un kantiano no aceptaría ese enlace visual como irreflexivo, porque supondría los esquemas de explicación causal para el enlace.

y coherente. Las señas ostensibles de la claridad son esos usos creativos con los términos y nociones del lenguaje. Ciertas concepciones son claras no solo si podemos definirlas en un sentido técnico u ordinario, sino manejarlas de modo creativo en el lenguaje. Los conceptos técnicos de «inflación» en economía o el de «apelación» en el derecho, por ejemplo, han podido ser reinterpretados (adaptados) en el lenguaje ordinario de manera efectiva, al punto que se utilizan con naturalidad en su acepción literal e, incluso, en su uso figurativo como cuando hablamos de «inflación de notas» o de «apelar a los sentimientos». Esa flexibilidad semántica es posible cuando se posee una clara representación mental que no sea ambigua, imprecisa, vaga o abstrusa. Desde luego, los conceptos complejos existen, como el de la relatividad en física que es contraintuitivo, pero también existen formas de explicar con claridad la lógica de lo paradójico.

El asunto fundamental de la semántica es y seguirá siendo la relación compleja entre pensamiento, lenguaje y verdad. En este recorrido, dos ideas básicas me han acompañado siempre. La primera es que los significados no están solo en la cabeza, en palabras de Hilary Putnam (cit. en «The Meaning of the Meaning» 131-93), por lo que el referente externo extralingüístico es piedra de toque de los significados que pensamos; la segunda es que el lado interno de ese significado no es el objeto nombrado, sino una idea en la mente, como decía Quine (cit. en *From a Logical Point of View* 9), por lo que el significado de la idea tendrá también que pensarse desde el contexto amplio y el «juego de lenguaje» en que opera. Los objetos con sus relaciones lógicas por descifrar y las ideas creadas para pensarlos, enmarcados en amplios esquemas conceptuales, son estructuras complejas que se cruzan. Procurando la claridad, simplificamos esas relaciones, una manera fructífera que tiene el pensamiento de

modelar lo complejo para capturar los nudos de la estructura, y las acercamos a nuestro lenguaje ordinario, a lo sensible familiar y a la experiencia práctica vivencial. Pero, como el tono de voz, nunca podremos inferir con certeza absoluta que lo que declaramos se escuche con claridad.

OBRAS CITADAS

Descartes, René. *Meditaciones metafísicas. Obras escogidas*, Suramericana, 1967.

Peirce, Charles S. «How to Make Our Ideas Clear». *Selected Writings*, Dover Publications, Inc., 1958.

Putnam, Hilary. «The Meaning of the Meaning». *Language, Mind and Knowledge*, Minnesota Studies in the Philosophy of Science, vol. 7, 1975.

Quine, W.V.O. *From a Logical Point of View*. Harvard UP, 1980.

Wittgenstein, Ludwig. *On Certainty*. Edición German-English, Harper Torchbooks, 1972.

---. *Philosophical Investigations*. Edición German-English, Blackwell, 2001.

---. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Edición German-English, Barnes and Noble, 2003.